

## Los objetos y los fantasmas de la extinción

### *Un gabinete para el futuro*

CAROLINA SÁNCHEZ, ALEJO PONCE DE LEÓN, CHRISTIAN VÁSQUEZ Y GISELA HEFFES (editores)

Urdimbres, Bogotá, 2022, 127 pp., il.

ABRIR LAS páginas de *Un gabinete para el futuro* es adentrarse en los pasillos de un museo, cuyos objetos en exposición son rastros de un presente de crisis climática; son testigos del fantasma de una o varias extinciones. “Extinción, a diferencia de otras palabras del mismo campo semántico, como “pérdida” o “destrucción”, implica una desaparición gradual que es perceptible, experimentable, que nos vuelve testigos del proceso. “¿Cómo documentar la extinción?, ¿cómo narrarla?, ¿cómo apropiarla antes de que se disipe con la celeridad de los cambios y registros y experiencias?” (p. 9), se pregunta en la introducción Gisela Heffes, una de las editoras, cuando les cuenta a los lectores sobre el origen de esta obra colectiva en un taller de escritura, en el marco de una conferencia de graduados, dedicada a la crisis ecológica en América Latina. Cada objeto de este libro materializa y le da forma al fantasma, porque además se acompaña de un cuerpo textual que narra la experiencia de crisis ecológica y extinción de cada autor(a). Algunos prefieren un registro de historiador de la catástrofe, otros adoptan un tono más poético, todos comparten la brevedad del fragmento que permite tejer los hilos interpretativos propios y seguir a su ritmo los rastros del espectro.

La escritura se vuelve así un ejercicio de intervención y una herramienta para mostrar al fantasma, lo cual a su vez evidencia su materialidad como si se tratase de un componente orgánico con el que se trabaja. El ejercicio consiste entonces en “buscarlos [los fantasmas], perseguirlos, y materializar su incorporeidad en sustancia textual: en un tejido de palabras” (p. 5). A esto se le suma otro nivel de representación, pues cada texto está acompañado de una foto del objeto. El fantasma

adquiere cuerpo en ese paso hacia el objeto representado por la imagen que a su vez el texto trata de descifrar, por lo cual el significado se desplaza constantemente, no queda atrapado en un solo componente. Como propone Heffes, el libro se presenta a fin de cuentas como “un archivo de la extinción a partir de remanentes futuros” (p. 9), cuyo valor no se encuentra en una contemplación estética pasiva o en un reclamo de autenticidad de un pasado, sino “en la potencialidad, un espacio terráqueo donde las imágenes apelan a artefactos, y cuya materialidad imagina y poetiza formas de experimentar la catástrofe ecológica” (p. 10). El ejercicio que propone el libro, espejulo, se afilia a la *hauntología* derridiana. De ahí que el fantasma de la extinción se manifieste en cuanto ausencia, en rastro que se deja ver solo en relación con lo que ya no está o todavía no es en los objetos; en las experiencias que sugieren, pero no son evidentes.

Reitero, la lectura del libro se asimila a una visita al museo y, por lo tanto, la propuesta de la curaduría permea los recorridos en los que se hace visible la propuesta editorial. Los editores proponen dos recorridos para esta obra colectiva. El primero se hila a partir de los sentidos corporales que un grupo de textos evoca. Las dos secciones iniciales son preguntas: “¿Qué sientes?” y “¿Ves?”, a las cuales sigue un área sinestésica: “¿A qué sabe este olor?”. “Escucha”, el único imperativo, cierra la exposición. Este recorrido invita a una apertura sensorial, no a una mera comprensión intelectual de la crisis ecológica. Es una propuesta de lectura que interpela al cuerpo. Por otra parte, el segundo recorrido enfatiza en lo material a través de la escala del objeto. Se pasa de la grandeza de ciertos espacios, como un barrio, un monumento o un bar, a la pequeñez de un narciso o unas fotos familiares. Sin embargo, así como cuando se entra a una exposición sin guía, también existe la posibilidad de agarrar al azar los objetos de este gabinete y abrir nuevos recorridos. En últimas, consiste en una propuesta lúdica que invita al lector(a) a explorar las posibles conexiones entre los objetos sin establecer un único conjunto de reglas. Especialmente en ese aspecto adquieren una mayor riqueza los textos e imágenes ensamblados en el libro,

pues no se trata solo de ponerlos en relación, sino también de completar el sentido con la experiencia propia en el momento en que se acepta el juego del libro.

¿Y qué dice el fantasma de la extinción que estos objetos evocan? Algunos cuentan de lo que ya no es: equipos de sonido que marcaron una época y ahora se dejan como basura en la calle, o se quedan sin alguien que sepa usarlos; sacos cuya lana ha sido reemplazada por algodón sintético; el sabor del limón en la infancia que difiere del que tiene su nueva forma en polvo. No solo los objetos se vuelven obsoletos, sino que las prácticas alrededor de ellos desaparecen. Así nos encontramos con la evocación de conversaciones en bares quebrados por la pandemia, de la charla entre vecinos que un apagón restablece por un momento hasta que la luz vuelve, de la camaradería barrial para solucionar un problema de desabastecimiento de agua que se esfuma recién se instalan las nuevas tuberías. En otros objetos se pueden ver los procesos que esconden, como el uso de aceite de palma para la producción de crema dental, o moneditas canadienses hechas de níquel cuya explotación contamina el suelo con cobalto, ácido sulfúrico y dióxido de azufre. En estos objetos, en particular, se cuestiona una aparente inocencia o la superficialidad de un producto, pues visibilizan el recorrido material que requieren para existir. Finalmente, los objetos más interesantes son, a mi parecer, aquellos que proyectan su extinción, aunque no sea todavía una realidad. Estos parecen sacados de un mundo de ciencia ficción distópica, y sus textos acompañantes cuentan de impresoras 3D que reproducen páramos extintos o de mundos con seres hechos de plástico que abogan por el reconocimiento de especies no sintéticas. Pero son solo algunas de las posibilidades para catalogarlos, no las únicas, pues la forma fragmentaria abre la opción de tejer sus propios hilos temáticos a cada lector(a).

Vale la pena destacar un mérito del libro: la cotidianidad y cercanía de los objetos presentados en texto e imagen. Se evita así el encierro en una lectura de nicho del especialista en humanidades ambientales con un bagaje teórico particular, para abrirse a un público más

amplio. Esto sucede gracias al tejido entre lo histórico y lo afectivo que relaciona los procesos de mayor amplitud social con experiencias más íntimas. El libro logra desarrollar una inquietud teórica y conceptual sobre cómo narrar la extinción y la crisis climática en un plano más material y personal, que no se suele asociar con el discurso más tradicional de la disquisición académica. Esto se observa también en el estilo de la mayoría de los textos, que no apelan a un malabarismo conceptual lleno de retórica, sino a la creatividad del lenguaje para escuchar y traducir lo que dicen y sugieren los objetos.

Al salir de este museo y cerrar las páginas de este libro, me pregunté: ¿y por qué darle cuerpo al fantasma de la extinción? Vuelvo a entrar, comienzo otro recorrido, y descubro que Heffes me responde a la entrada: “Propuse que, más que escapar de nuestros fantasmas, por más dolorosos que sean, resulta más eficaz enfrentarlos [...]. Deshacerse de los fantasmas es un acto liberador” (p. 5).

**Gabriel Bocanegra**